



CAPÍTULO 1

Hasta los 13 años, solo había ido al cementerio una vez, y fue cuando la abuela Delfina dejó de respirar mientras estaba sentada en la puerta de casa, mirando lo que pasaba en la calle. Me acuerdo que ese día conocí a mis otros parientes más lejanos y todos estaban muy tristes. Pero, poco antes de morir, la abuela Delfina me enseñó algo importante sobre la pérdida. Y eso sucedió una vez, cuando Augusto y yo jugábamos en el patio y vimos a un pichón caer del nido y estrellarse contra el piso. Dos gotas de sangre colorearon la tierra. El huevo se partió al medio y un pichoncito frágil y temeroso agonizaba en su interior.

Nos quedamos mirando sin saber qué hacer. Entonces Augusto trajo una rama, jugueteó con la cáscara del huevo y le dije: No hagas eso, Augusto. Pero mi hermano no me escuchó y siguió toqueteando al pajarito como si la vida fuera un juego. Así que entré a casa y llamé a la abuela. Y hoy pienso que la abuela Delfina realmente era una persona muy delicada, porque los lugares en los que estaba siempre se apaciguaban, aunque algún día estuviéramos en medio de una tempestad con truenos estrepitosos y aterradores, o en una guerra con bombas y heridos, siempre sería la abuela Delfina la que nos prestaría su paz para las cosas.

Le dije: Abuela, en el patio hay un pajarito que se está muriendo y Augusto lo está molestando con una rama, creo que va a matarlo. La abuela Delfina se levantó con cierta dificultad, me pidió que la sostenga del brazo, fuimos hasta el patio. Cuando llegamos, Augusto solo miraba el huevo roto. Dijo que no le había hecho nada.

Los tres nos quedamos mirando esa pequeña partida. Entonces le pregunté: Abuela, qué pasa durante la muerte.

Mi abuela era muy meditabunda, y debo decir que fue ese día en el que descubrí que ella era filósofa:

No hay “durante” cuando se muere, Estela. Solamente hay un estar o no estar viva.



La abuela Delfina lo dijo con tanta serenidad que me llegó a doler. Tuve ganas de llorar porque la simplicidad de la muerte me asustaba, y, tal vez, notando mi tristeza, tomó la decisión: Vamos a enterrarlo. Estuve de acuerdo. Pero a mi hermano le pareció una estupidez enorme y dijo que prefería desperdiciar su tristeza en otras cosas.

A la abuela Delfina no le importó. A mí tampoco.

Estela, andá a enterrarlo, me repitió.

Pero, yo, sola, le pregunté.

Sí, así es como se lidia con la muerte, me dijo.

Miré a la abuela Delfina con cierto recelo, pero, aun así, obedecí. Busqué una palita de plástico, de esas con las que solemos jugar en la playa, y empecé a cavar. Después alcé al pichoncito muerto con mucho cuidado y lo puse en el agujero. Lo tapé con tierra.

Ahora vamos a rezar, me dijo la abuela Delfina. Vamos a rezar y a pedir que este pajarito se convierta en un santo.

Por qué convertirse en santo, le pregunté.

Porque los santos son seres que ya conocieron la muerte, pero que les gustó tanto la vida que aún permanecen entre nosotros.

Me sonó raro, pero estuve de acuerdo. Las filósofas son así, dicen palabras que solo tendrán sentido después de haber dado algunas vueltas en nuestras cabezas. La abuela Delfina tuvo tanto cuidado con ese funeral que después hasta llegué a pensar que la muerte era algo tierno. A la noche no dormí muy bien porque me quedé pensando en el pajarito bajo tierra, devorado por las hormigas y los gusanos. Pensar en la muerte me sumergía en lo más profundo, pero el miedo me traía de vuelta a la superficie. En ese momento, yo creía que la naturaleza era injusta y violenta. Pero la abuela Delfina pensaba todo lo contrario. Ella decía que era necesario pedir perdón a la naturaleza, aunque no tuviéramos la culpa, pedir perdón siempre a los animales por comerlos, perdón a los árboles por cortarlos, perdón al mar por adentrarnos en él.



Capítulo 12

Melissa me dijo que tenía que tomar dos comprimidos juntos e introducirme otros dos en la vagina, lo más profundo que pudiera. Le dije que nunca vi a nadie tomar un comprimido por la vagina. Me miró y dijo que podía confiar en ella. Que ya tenía experiencia en eso. Después, me explicó que podría sangrar y tener cólicos, pero que no me asuste, que era así. Yo no quería que fuera así.

Melissa, creés que mi hijo es un poema que salió mal, le pregunté.

Olvidate de eso, Estela. Dios no escribe sobre nosotras. No somos literatura.

Me fui para casa y me tomé los comprimidos. En medio de la madrugada, apareció un dolor agudo y violento, como si me retorcieran las entrañas. Me levanté en silencio, con la mano en la panza, sin encender la luz para no despertar ni a mi madrina ni a Augusto. Cuando me saqué la bombacha vi que estaba sucia de sangre. El dolor todavía era controlable, pero me asusté con la cantidad. Tuve miedo de morirme ese mismo día. Pensé en llamar a mi madrina. Pero solo volví a la cama y me acurruqué en posición fetal.

Cuando amaneció me fui a trabajar. No sabría decir si me dolía menos o si ya estaba acostumbrada. A la hora del almuerzo, el dolor aumentó de nuevo, entonces fui hasta un teléfono público y llamé a Melissa.

Nos encontramos en el centro de la ciudad. Ella me dijo que teníamos que ir a la guardia de un hospital para ver si ya había abortado. Y que tal vez tendrían que hacerme un raspado. Le dije que no tenía plata. Melissa me dijo que no me preocupe.

Fuimos al hospital Souza Aguiar. En la ventanilla de la guardia, Melissa dijo que yo tenía una hemorragia. La recepcionista le preguntó dónde era mi hemorragia, y cuando Melissa respondió, la mujer tal vez se dio cuenta de que se trataba de un aborto y puso cara de desprecio. Me pidió el documento y después nos mandó a la sala de espera. El dolor ya me impedía caminar. Me senté en el banco con dificultad.

Esperamos unas dos horas hasta que me llamaron. La médica que me atendió me preguntó qué me pasaba. Le conté la verdad: que tomé dos comprimidos para abortar. No respondió nada y tampoco me miró. Solo siguió con la cabeza gacha mientras completaba el formulario como si yo no existiera. Me llevó a hacer una ecografía y, si era necesario, un raspado. También dijo que mi hemorragia era muy fuerte y que tal vez tendría que quedar internada.



Después de escuchar eso, tuve la impresión de estar perdiendo mis fuerzas. Quise decirle a Melissa que tenía miedo de morirme. Pero preferí quedarme con mi miedo. Después me dieron un remedio para controlar el dolor y el sangrado, y me dijeron que espere.

Fueron otras dos horas más sentada en un banco duro y frío. Todavía no dejaba de sangrar. De la misma forma que pasaba el tiempo, el miedo crecía, y pensé en llamar a mi madrina. Melissa me preguntó si estaba loca. Querés empeorar las cosas, no.

Fue brusca conmigo, pero sé que tenía razón. Era mejor no involucrar a mi madrina en esto, al menos no por ahora.

Me llamaron. Melissa tuvo que ayudarme a caminar. Fuimos a un lugar donde había otras mujeres. Melissa tuvo que volver a la sala de espera. No la dejaron quedarse. Un hombre muy joven vino a hablar conmigo, después descubrí que se trataba de un estudiante de medicina. Era muy blanco, lleno de pecas, y por algún motivo parecía no combinar con ese ambiente.

Señorita, necesitamos hablar con un responsable, sabe.

El residente hablaba conmigo ignorando que estuviera sintiendo algún tipo de dolor. Le dije que mi mamá no vivía conmigo, que estaba de viaje. Me preguntó por mi papá. Le dije que nunca más supe de él. Mientras me atendía, el dolor empezó a aumentar de nuevo.

De dónde sacó los comprimidos, me preguntó. Le dije que me los había dado una amiga, pero que no sabía cómo los consiguió.

Sabe que esto es un delito, me preguntó.

No le respondí.

Sabe que puedo llamar a la policía y a la Secretaría del Menor y la Familia, no, me dijo.

Seguí en silencio.

El dolor seguía siendo agudo. El residente me dijo que tal vez debían internarme, pero que, por ahora, tendría que quedarme en el pasillo porque no había lugar.

Media hora después, una doctora vino a hablar conmigo. Miró mi informe médico y dijo que no sabía cómo todavía estaba en pie. Me mandó a hacer otro estudio.



Me pusieron en una camilla y me llevaron a algún lugar. A esa altura, el dolor ya sobrepasaba mis límites. Me acordé de las hormigas. Ellas eran eternas.

Los capítulos 1 y 12 fueron cedidos por el autor para publicar su traducción en Aquelarre n° 8. Año 2020

Tenório, Jeferson (2018) Estela sem Deus. Porto Alegre: Zouk

Traducción: Paula Auer

Corrección: Silvia Pégamo